

Testimonio de Nora Cortiñas

Entrevista realizada en la Biblioteca Nacional

18 de abril de 2012

Programa de Derechos Humanos y Departamento de
Comunicación, Biblioteca Nacional Mariano Moreno.



Biblioteca Nacional
Mariano Moreno

Nora Cortiñas: Me quiero presentar. Soy Nora Cortiñas, de Cortiñas, soy la madre de Carlos Gustavo Cortiñas y tengo otro hijo, Marcelo Horacio. Gustavo está desaparecido desde el 15 de abril de 1977. Gustavo era militante político, tenía más de la mitad de la carrera de Ciencias Económicas realizada, y junto con él hay miles y miles de desaparecidos, mujeres y varones; y no sabemos qué pasó con ellos hasta este momento. Lo secuestraron el 15 de abril de 1977 y muchos años después supimos que se lo habían llevado de la estación Castelar a la hora que él salía hacia el trabajo y tomaba el tren. Esa noche en mi casa hicieron un operativo con militares disfrazados o puestos de civil. Estaba mi nuera sola en ese momento, la esposa de Gustavo, y como parte del allanamiento robaron algunas cosas. A ella la tenían esposada con las manos para atrás de cara a la pared, le hacían preguntas, y a las respuestas que ella daba, ellos decían “coincide”, “coincide”, quiere decir que lo tenían a Gustavo. Nosotros esa noche no estábamos en casa, cuando volvimos al día siguiente salimos a la búsqueda. La primera gestión que hice con mi esposo y con la esposa de Gustavo (que tenían un hijo chiquito de 2 años, Damián), fue ir a la Catedral de Morón, de la zona donde yo vivía, para ver al obispo, y de ahí a la comisaría para preguntar qué sabían de Gustavo. Cuando llegué a la comisaría había una empleada policial que tenía un libro abierto en el escritorio y cuando le dije de qué dirección iba dijo, así como al pasar, mirando ese libro, “bueno, hay un pedido de zona, o pedido de área”. Ahí no hubo respuesta, el paso siguiente fue un *hábeas corpus*. En ese momento, año setenta y siete, como la represión ya era muy intensa y ya habían desaparecido abogados también, un amigo de Gustavo que recién se recibía de abogado me redactó un *hábeas corpus* que firmé yo, y ahí empezamos a hacer el recorrido por Tribunales. Después de eso, fuimos con mi esposo a los organismos que había por entonces: la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, la Liga Argentina por los Derechos del Hombre, el Movimiento Ecuaménico por los Derechos Humanos.

Así me enteré de que en la Plaza de Mayo se reunía un grupo de madres que también buscaba a sus hijos e hijas. Me incorporé a ese grupo la segunda semana de mayo de 1977. En ese momento éramos pocas madres, ahí conocí a Pepa Noia, a Mirta Baravalle, a María Adela Gard de Antokoletz, a las hermanas de María Adela y a otras madres más. Éramos muy poquitas y nos juntábamos adelante de la plaza, donde está el monumento al General Belgrano. La policía comenzó a dispersarnos a medida que fuimos aumentando la cantidad de madres, decían que había estado de sitio, que no podíamos estar quietas, que teníamos que caminar, y así empezó esa caminata.

Entrevistador: Madres de Plaza de Mayo

Nora Cortiñas: La idea de la Plaza de Mayo la tuvo Azucena Villaflor de De Vincenti, aunque yo no estuve en el momento en que Azucena dijo de ir a la Plaza de Mayo. Íbamos a una Vicaría de la Marina en la Iglesia Stella Maris que está ahí en Retiro, en la calle Comodoro Py, enfrente de Tribunales. En el fondo de esa iglesia tenían una oficina que dependía de la Marina, y había un obispo que usaba la sotana pero tenía botas, y nos recibía ahí con un fichero en un escritorio. Anotaba el nombre que dábamos de nuestro hijo, el número de documento, nuestro nombre y número de documento, la fecha; una escena muy tétrica, ¿no? Nos decía cualquier barbaridad, “a lo mejor su hijo se fue con otra mujer que le gustaba más”, bueno, ese es mi caso personal, me hacía volver a los quince días y me decía “mire, señora, seguramente su hijo estará gordito, limpio, lo llevarán en un auto”, señalando compañeros. Eso muestra la especie humana o inhumana de esa parte de la iglesia, ¿no? Y después, otra vez, “mire, acá hay una crucecita roja, me parece que es porque está muerto”, no decía “lo mataron”, decía “está muerto”. A cada madre le decían cada barbaridad. Entonces, Azucena tuvo la idea de que nos reuniéramos en la Plaza de Mayo y fuéramos a la Casa de Gobierno para empezar nuestra denuncia a cielo abierto. Empezamos a crecer en número de madres y a tener ese mecanismo de distribuirnos ahí mismo, en la Plaza, los roles para ir a esas visitas en las que llevábamos las denuncias al Ministerio de Marina —en ese momento era Ministerio de Guerra, eran las diferentes oficinas donde nos recibían secretarios de secretarios, después al Episcopado—. Mientras tanto, seguíamos haciendo los *hábeas corpus* y en los pasillos de Tribunales a veces nos cruzábamos con alguna mujer de rostro compungido, lloroso, mal, y nos acercábamos nosotras mismas “¿venís por lo

mismo?", y era por lo mismo. Entonces ahí nos íbamos conectando, y cada una decía "mirá, nos reunimos en la Plaza de Mayo", así que cada madre fue sumándose a la Plaza.

Quiero señalar que la idea de ir a la Plaza fue algo visceral y espontáneo, en ningún momento fue preparado, cada madre iba a medida que le llevaban a su hijo o hija, o más, hay casos donde se han llevado a dos o tres muchachitos o chicas... Y era comunicarse por el boca en boca. Recuerdo a una madre, Elida Galletti, que falleció, que un día se acercó cuando estábamos ahí reunidas, primero se quedó sentada en un banco y nos miraba caminar, luego se acercó caminando despacio y nos miramos, yo le dije "es lo mismo, te pasa lo mismo que a nosotras", "sí, se llevaron a mi hija", y se sumó a ese caminar. Es algo muy fuerte cuando recordamos hoy esos primeros pasos que dimos en la Plaza... Cuando empezamos a caminar, lo hicimos alrededor de la estatua de Belgrano, frente a la Casa de Gobierno. Después no sé si nos hicieron correr o nos fuimos corriendo, porque todas esas escenas un poco se desdibujan, pero hay fotos donde estamos alrededor del monumento a Belgrano, estamos sin pañuelo, no llevábamos el pañuelo. Caminábamos también con Alice Domon, con la monja que después también fue secuestrada junto con el grupo de la Iglesia Santa Cruz. Y bueno, ese fue el comienzo en la Plaza, que creció, que fuimos muchas. Azucena había dicho en esa invitación de ir las madres solas, creyéndonos seguramente invulnerables, que a nosotras los militares no nos iban a hacer nada. Y vieron que crecíamos, que el movimiento llamaba la atención de ciertos grupos de la Casa de Gobierno que miraban por la ventana. Un día un periodista preguntó quiénes éramos y Arguindegui le dijo "son unas locas que vienen, aunque llueva". La gente que pasaba por la Plaza de Mayo, sin embargo, por muchos años no nos vio. Éramos como invisibles, nadie se arrimaba a preguntar qué hacíamos, porque yo creo que es lo que produce el terrorismo de Estado, ese miedo a saber qué hacíamos ahí. A veces pienso cómo pasaban tantos años y la gente seguía de largo. Después cambió, ahora viene gente para vernos nada más, a veces turistas y a veces no, a veces viene gente que vive en la provincia a hacer algún trámite y lo primero que hacen es ir el jueves a la Plaza de Mayo y decirnos de dónde vienen; a veces con sus hijos para caminar un ratito con nosotras.

¿Y cuándo es que ustedes empezaron a ver que era posible que se hiciera justicia? ¿Cuándo comenzaron a sentir que los Tribunales dejaban de ser un ámbito en el que muchas veces se rechazaban los hábeas corpus, y se empezaba a tener otro tratamiento sobre el tema?

Bueno, pasaron muchos años. Primero hacíamos los hábeas corpus solas, después comenzaron a hacerse colectivos junto con la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos. Hacíamos largas filas en los Tribunales, elegíamos un día de presentación justamente para que se notara que éramos tantos, madres y padres también. La idea de que no fueran los padres, fue así en un principio por el hecho de que nos creíamos quizás invulnerables, pero también para proteger a los padres varones, que quizá no iban a tener la reacción nuestra de soportar el hostigamiento de la policía y de muchas oficinas a las que íbamos; creíamos que no iba a ser lo mismo y que corrían más peligro. Igual muchos padres cuando podían se arrimaban a la Plaza de Mayo y se quedaban ahí, a veces sentados o a veces contando. Había un padre que nos contaba, Julio Binstock, se quedaba parado contando a ver cuántas éramos. Había otro padre que se sentaba con un diario y lo ponía al revés, entonces la esposa se arrimaba y le decía "tenés el diario al revés", hacía que leía porque la policía echaba a la gente. Todas cosas de esos primeros momentos. Y el tema de la justicia... Hay cosas de las que nosotros fuimos enterándonos con el caminar, en un momento en que las madres éramos muchas nos mirábamos a los ojos y nos hacíamos las preguntas "¿por qué se llevaron a nuestros hijos, a nuestras hijas?", y empezamos a ver que se los llevaron porque eran militantes, militantes con el deseo de cambio de un sistema, que querían el país para todos y todas, que querían otra sociedad. Ya se vislumbraba todo lo que venían haciendo los militares y los civiles que estaban avasallando los derechos del pueblo. Después alguna vez, también, nos miramos y nos preguntamos ¿para qué?, y empezamos a analizar que era para implementar esa política económica neoliberal a fondo. Nosotras no entendíamos mucho de política, la mayoría de las madres éramos amas de casa cada una con sus tareas también invisibles.

La búsqueda de justicia

Con el tiempo empezamos a ver que además no éramos nosotras solas, éramos las madres de Chile, de Perú, de Bolivia, de Uruguay, de Brasil, y no era un proceso que se daba solo en Argentina. Ahí integramos lo que fue la Federación Latinoamericana de Asociaciones de Familiares Detenidos-Desaparecidos (FEDEFAM), y ese fue el primer camino para la búsqueda de justicia participando en las asambleas de las Naciones Unidas, de la OEA, para ir a denunciar lo que pasaba. Era el primer paso para pedir justicia, para pedir verdad. Empezamos también a intensificar las denuncias en todo el mundo.

Nosotras no tenemos una fecha fija de cada paso que dimos. Lo que sabemos es que cuando íbamos a las Naciones Unidas o a la OEA, o a esas asambleas importantes, nos costaba hacernos escuchar hasta que después éramos aceptadas y nos daban un espacio para poder hacer la denuncia. También había jueces que guardaban el hábeas corpus en las gavetas, cargadas terriblemente de denuncias y pedidos, y muchos fueron cómplices en esos días, la justicia fue muy cómplice. La Iglesia fue partícipe de lo que fue el terrorismo de Estado, con excepción de cuatro o cinco obispos, la cúpula fue partícipe. Mandaba a los capellanes a los campos de concentración, a los lugares de tortura, palmeaban a las personas torturadas y les decían que hablaran sino iba a seguir la tortura. Nosotras rescatamos a una iglesia de base, que se había conformado con los llamados curas del Tercer Mundo, que ayudaban a la gente a sobrellevar la situación sin que abandonara la lucha en ningún momento. Nos acompañaron mucho, y acompañaron a nuestros hijos. Gustavo empezó a militar ahí, en la Villa 31, en la sección de la Villa Saldías, con el Padre Carlos Mujica. Esa Iglesia de base todavía existe, sacando la cúpula que aún es cómplice de la pobreza y de la desigualdad, una parte de nuestra Iglesia católica, curas y monjas que están en villas y en barrios pobres ayudando a solucionar los malos momentos. Ese fue el camino a la búsqueda de la justicia.

Yo diría que hay un paso que a veces nos olvidamos. Cuando termina la dictadura y empiezan a funcionar los poderes, en el Congreso, yo me acuerdo que había un grupo de diputados, Augusto Conte, Miguel Monserrat, que se había propuesto hacer leyes para que tuviéramos ese camino a la justicia, que reconocía la desaparición forzada de personas, y entonces todo eso fue empujando. Me acuerdo de un diputado del partido radical, Jaroslavsky, que un día nos dijo “miren, señoras, vamos a hacer una justicia tan fuerte que va a parecer venganza”, recién empezaban ellos, ¿no? Se quedaron en el camino, porque aún en la primera época tuvimos la CONADEP que está insospechada de cualquier maniobra que no fuera para buscar esa verdad y esa justicia. Hicieron un trabajo extraordinario, recabaron casi nueve mil denuncias, las presentaron para que después se pudiera hacer ese primer juicio a las tres primeras juntas, y se hizo ese juicio donde se empezó a condenar a los terroristas de Estado, a los genocidas. También se quedaron en el camino cuando Alfonsín mandó al Congreso los proyectos de leyes de Punto Final y Obediencia Debida. Esa claudicación, que fue ética también, después de haber prometido todo ese avance, provocó que se terminaran los juicios. Y después, a los pocos militares que habían quedado condenados, Menem los indultó al asumir... Ahí pareció que se terminaba todo ese camino de la justicia.

Seguimos batallando y luchando, hay movilizaciones populares permanentes, que las hicimos durante la época del terrorismo de Estado y las seguimos haciendo después, siempre en la búsqueda de la verdad y la justicia, pero sufrimos muchas desilusiones en el camino. Teníamos políticos amigos que nos apoyaban y que estaban en estos organismos de derechos humanos, pero era poco para todo el mecanismo que había tratado de impedir la llegada de la justicia. Muchos años estuvimos, mucha lucha, muchas muertes de padres y de madres que quedaron también en el camino, suicidios también de padres y madres, ante el dolor y la frustración de no poder llegar a la verdad y a la justicia.

En ese caminar, llegamos al año 2003. Ahí asume Néstor Kirchner y cambia el panorama, se abre un camino nuevo hacia la justicia cuando se da un guiño a los legisladores para que declaren inconstitucionales las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, y los indultos. Se renueva la Corte, una distinta de la anterior que había sido tan negativa. Así se abre el camino de la justicia que hoy tenemos, lenta, no es todavía como la queremos, pero más activa, más rápida para que no se mueran los genocidas antes de ser condenados. Demostramos en todos estos años que no nos animaba la venganza en ningún

momento sino la justicia, la justicia de la cárcel común, de acuerdo a los crímenes horrendos que se cometieron. La desaparición forzada de personas es el crimen de crímenes.

¿Cómo ven ustedes el futuro inmediato y no tan inmediato de la causa por los derechos humanos en Argentina? ¿El desarrollo de los organismos? ¿Cómo se imagina ese porvenir ahora que se ha abierto una etapa, como usted decía, lenta, trabajosa pero de mayor justicia, de mayor posibilidad de juicio y castigo?

Una de las principales causas que nos llevan a seguir cada día con más fuerza, es la apertura de los archivos. Nosotras creemos que es un derecho ineludible que se abran para saber qué pasó con todos y cada uno de los detenidos desaparecidos, tenemos ese derecho y lo queremos ejercer permanentemente. Por televisión, el genocida mayor de la Argentina, Videla, que a mí me da repugnancia hasta verlo, en un reportaje dijo que archivos había, que no estaban todos, que estaban desprolijos pero que había. Eso da la pauta de que hay archivos, y abrirlos tiene que ser una decisión política muy terminante del propio gobierno. La presidenta Cristina Fernández es Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, y le pedimos a ella que los archivos pasen a manos del Gobierno para que se puedan dar a conocer. Además, la Iglesia católica también tiene archivos y conocimiento acerca de dónde estuvieron, por dónde pasaron, infinidad de los miles y miles de detenidos desaparecidos. No puede ser que cada padre, cada madre, cada familiar deje este mundo sin saber qué pasó con su hijo, con su hija. Entonces, ese camino que estamos recorriendo, no lo vamos a abandonar. Las madres no delegamos en nadie la lucha. Hay hijos, hay hermanos, hermanas que están recogiendo nuestra lucha, pero la nuestra propia no se va delegando; cada madre, mientras tiene fuerza, sigue haciendo todos los trámites, yendo a la Plaza, provocando hechos y actos donde se comparte con el pueblo que acompaña. Hay muchas madres, todas pasamos los 80 años, yo soy una de las más jóvenes, imagínate, y tengo ochenta y dos. Esto va a seguir mientras nosotros no tengamos la respuesta que estamos buscando. Yo quiero saber qué pasó con Gustavo, quiero saber cuál fue su último destino, dónde, cómo, cuándo, quién, quiero saber. Tenemos el apoyo de una hermosa juventud, tenemos el apoyo, principalmente, de nuestra propia familia que nos ha venido acompañando, que permanentemente es el sostén. Mi marido falleció, tengo otro hijo, mis nueras, mis nietos, mis bisnietas, y, eso también, los amigos, las hijas e hijos postizos que nos fueron acompañando y que nos dan la fuerza de todos los días. Pero no es suficiente, queremos saber qué pasó, y es parte de este futuro que está presente. Nuestro futuro es incierto, no sabemos cuánto vamos a vivir, pero tenemos un pueblo hermoso que acompaña y lo ha mostrado este 24 de marzo de 2012, cuando miles y miles y miles de personas estuvieron en las calles, en distintas marchas, que no importa esta o aquella, la gente salió a la calle, con los bebés chiquitos, con los cochecitos, con la gente mayor, salió a la calle para repudiar la dictadura, para que Nunca Más, y para llegar a ese país que querían nuestros hijos y nuestras hijas con justicia social. Falta, logramos mucho, falta mucho, y es parte de nuestra lucha seguir para tener ese país que soñaron ellos y que soñamos nosotros, ustedes, los que nos acompañan. Todos soñamos ese país, alguna vez tuvimos un país con Estado de bienestar. Yo lo viví. ¿Qué es? Que haya trabajo y escuelas para todos y todas, que los chicos no tengan que ir a pedir en los trenes y que la gente mayor no quede indefensa, con desigualdad. Esa es la historia nuestra de todos los días, el compromiso. Nosotros no tenemos obligaciones en esta búsqueda ni en recoger las banderas de nuestros hijos e hijas; es compromiso puro, es visceral, es sentir todos los días que no podemos quedar de brazos caídos, que no nos podemos quedar en nuestra casa diciendo “yo ya no puedo más”, sí, “puedo otro poquito, hoy puedo otro poquito”, y cuando llega mañana digo “hoy puedo otro poquito”, porque tenemos el compromiso también con nuestros bisnietos ya. Imaginate, mi hijo tiene ya dos nietas, mi nieto creció también buscando a su padre, entonces no podemos desilusionarlos, tenemos que seguir adelante.

Otro mundo es posible, y es un mundo para todas y todos.